

SOSPECHAS

Había decidido salir a desayunar, estaba tomando mi primer café del día mirando las musarañas, cuando mi vista se paró en la acera de en frente. Vi un hombre con aspecto desaliñado, cara de pocos amigos y con una cicatriz que le partía el pómulo en dos partes. Portaba un paraguas negro, aunque lucía un sol radiante y salía de la oficina de Correos cargado con un paquete. Me produjo temor mirarle, pero a su vez, una intriga atroz. Me puse las gafas de sol para meterme en mi papel de detective y observé sus pasos.

Miró a su alrededor asegurándose que nadie le observaba y caminó en dirección al colegio “La Concordia”, un centro de un barrio marginado en el que se respiraba congoja por cada uno de sus rincones.

Entró con decisión, pero vigilando no encontrarse con nadie por los pasillos. Yo le seguía desde lejos, pidiendo con gritos ahogados que alguien le parara los pies antes de cometer una locura, una locura que yo estaba a punto de visualizar y que me atormentaría el resto de mis días.

Entró en el gimnasio, que en ese momento estaba libre. Por mi cabeza pasaron ideas cargadas de pánico, desde el secuestro y venta de órganos de menores, hasta un ataque terrorista.

Decidí ser valiente y esconderme en los servicios para llamar a la policía, en mi mano estaba salvar a esos indefensos niños.

Tardaron menos de cinco minutos en acudir. Les indiqué dónde se encontraba el sospechoso, que al abrir la puerta se vio sorprendido montando el escenario para la obra de teatro de fin de curso.

Pilar María Seidedos Jiménez

EL HOMBRE DEL PARAGUAS NEGRO Y EL PAQUETE EN LA MANO

El hombre del paraguas negro y el traje gris se dirigió como cada mañana, encorvado y con los pies cansinos, a su oficina bancaria. Sin embargo, hoy llevaba un pequeño paquete, una simple cajita de cartón, sin nada más, entre sus manos.

Como siempre, sacó la papeleta que le indicaba su turno y se dispuso a esperar la cola. En la pantalla luminosa iban parpadeando los números, con una cadencia indistinta, a veces rápido, otras con una lentitud exasperante.

Cuando por fin pudo acercarse a la caja, donde la amable empleada de cabellos canosos y gafas de pasta le esperaba con su sonrisa, su actitud cambió radicalmente. Elevó sus hombros, levantó su cabeza y su gesto respondió con otra sonrisa.

Se acercó decidido, sintiendo cómo le temblaban las piernas y como único punto de apoyo en su vida, su paraguas negro, que le servía de bastón.

«Buenos día ¿Qué desea?», le preguntó con voz suave la amable mujer desde detrás de la cámara acristalada. «Necesito hacer una transferencia a esta cuenta», contestó él, pasándole un papelito con el número.

Al terminar los trámites se marchó deprisa, dejando su paquete sobre el mostrador y abandonando el local con rapidez.

Cuando pasó el siguiente cliente, la empleada se dio cuenta de que allí encima estaba el paquete olvidado. Lo cogió entre sus manos, para devolverlo en cuanto tuviera ocasión, pero se quedó paralizada cuando leyó lo que ponía por fuera del mismo: «*María, no he olvidado el paquete, es para usted*».

María lo abrió con prisas para no hacer esperar y comprobó que en la caja había un anillo de oro, con una pequeña perla, justo de su medida, y una hoja de papel que decía: *GRACIAS Y HASTA SIEMPRE*.

Ese día, era el último día de trabajo de María, pues había llegado su jubilación.

Concepción Ibáñez Montero

CUMPLEAÑOS FELIZ

Cuando miré desde mi ventana, una gran nube negra avanzaba en el horizonte.

Bajé la vista, por la puerta de la sucursal bancaria que tenía en frente de mi casa, salía mi vecino con un gran paraguas negro en la mano, en la otra un pequeño paquete que protegía como un tesoro.

Empezaron a caer unos grandes goterones, abrió su paraguas; pero antes, metió su pequeño paquete bajo el sombrero con mucho cuidado.

Minutos después abrió la puerta de su casa cantando «*cumpleaños feliz*» a su nieto. Llevaba puesta una roja nariz de payaso.

El paquete había desaparecido.

María Lázaro

EL PAQUETE MISTERIOSO

Es invierno y el hombre del paraguas negro cruza la calle envuelto en un abrigo gris. Atraviesa el portal y se acerca a la chica que no entiende nada. Al instante, todos guardan silencio.

Las puertas automáticas se cierran y la luz roja se apaga. El hombre deja encima del mesón un paquete que ha recogido en una floristería, mientras a lo lejos se oye el sonido de un cajero automático repartiendo billetes de veinte euros. Él y ella se miran a través de la mampara de cristal, hasta que las puertas se vuelven abrir. Pero esta vez la luz roja es intermitente y todos dan voces.

El hombre murmura cuatro cosas y ella deja un anillo de oro encima del mesón. Lloran desconsoladamente y la luz roja intermitente se los lleva lejos del anillo y del paquete que, ahora roto, deja caer un pétalo de rosa seco.

Emilio Díaz

EL CORAZÓN DELATOR

El hombre del paraguas negro sale del banco con un extraño gesto, como si estuviera a punto de llorar. En realidad, aguanta las risas a duras penas. Le divierte el espanto que ha provocado el paquete en la empleada cuando, siguiendo sus instrucciones, ella lo ha sacado de la caja de seguridad para entregárselo. La mujer ha notado los latidos amortiguados y le ha lanzado un puñado de interrogaciones con la mirada. No puede saber que el envoltorio oculta un corazón palpitante y delator. Eso es solo asunto del hombre del paraguas y de un tal Edgar Allan Poe.

Víctor M. Jiménez Andrada

EL SEÑOR DEL PARAGUAS Y LA CAJA SIETE

Lo había pensado hace días, pero no había dado con la solución porque, ¿cómo hacerlo con toda esa gente mirando? Lo preparó minuciosamente, mientras cavilaba acerca de cómo lo introduciría en el banco. ¿Se subiría el cuello del abrigo como hacen en las películas para ocultar al máximo su rostro? ¿Se pondría un sombrero para acentuar su invisibilidad? ¿Provocaría su atuendo que lo mirasen aún más, y conseguiría así el efecto contrario?

Aquel día amaneció tormentoso y con una lluvia fría y lacerante. Abrió su paraguas negro y se dirigió al banco temblando. El paquete muy bien sujeto bajo el brazo, y completamente cerrado. Cuando ella, la señorita de la caja siete, lo abriera y viera sus flores y sus poemas, no tendría más remedio que rendirse a su amor.

Pilar Alcántara

— ¡¡¡Y además estuve a punto de perderlo!!!

— El paraguas negro?

— Sí, ese. Mariona, se empeñó en que llevara su caja de música a arreglar esta mañana.

— ¡Con la que estaba cayendo!

—Y con lo delicada que es. Tuve que meterme en el Banco para refugiarme de uno de los chaparrones. Me preocupaba, porque no solo es delicada, es muy antigua. La heredó de su madre y su madre de la suya y así durante varias generaciones. Forma parte de su historia familiar, pero no era el día para llevarla. Está forrada de una tela muy delicada, con unos dibujos de escenas musicales, de colores muy suaves y tiene una música muy bonita, que ahora se ha dejado de oír.

Desde que la tiene, su ritual antes de acostarse es darle cuerda y escucharla mientras entra en el sueño. Dice que la reconcilia con las mujeres de su familia. Ya sabes cómo llegó a ella esa caja de música. Si hay historias extrañas en la vida, ésta es una de las más extrañas.

— Sí, es verdad, no recuerdo bien. ¿Qué pasó?

Concha Dochao Sierra

EL HOMBRE DEL PARAGUAS NEGRO

A las 11:05 horas un hombre te dejará el paquete encima de la mesa. Lo reconocerás porque lleva un paraguas negro colgado del antebrazo. Simularás hacerle cualquier trámite y colocarás el bulto junto con los demás para su reparto diario. Cuando, como de costumbre, el jefe de personal abra su correspondencia a las 13:00 horas, podrás ver a través de su despacho acristalado la cagaluta que recibe como respuesta al drástico ERE que está programando para la sucursal.

Ángela Velasco Bello

Y ahí estaba otra vez. El hombre del paraguas negro. Aunque lucía un sol espléndido, se aferraba a él como si fuera un tesoro. Lo llevaba en la mano derecha, y debajo del brazo izquierdo me sorprendió ver que había sustituido el periódico habitual por un paquete de pequeñas dimensiones.

Se dirigió rápidamente a la oficina bancaria en la que solía trabajar, saludó al guardia de la puerta y entró con paso firme. Una vez dentro, miró a ambos lados y caminó hacia el mostrador de las cajas. Solo había una persona delante de él -una señora de mediana edad que ya estaba siendo atendida-.

Tras unos interminables minutos, le tocó el turno. Miró a la cajera de enormes gafas, sonrió, le entregó el paquete y, con una inclinación de cabeza a modo de despedida, se marchó. La cajera parecía emocionada. Cogió el paquete con las dos manos y lo miró con satisfacción. Por fin habían llegado. Ya estaban allí. Tantos días de espera habían merecido la pena. Ahora lo vería todo de otra manera: las lentillas.

Milagros Fernández

SU PRESENCIA

Veó cómo se viste, completamente de negro, lo hace así desde que su esposo murió hace unos años. Lo observo caminar de un lado a otro por toda la casa, la cual está hecha una pocilga; comida pudriéndose en la mesa y ropa maloliente por todos lados, busca algo, hoy es el día. Hoy todo terminará para ambos.

Me acerco a él al ver que sostiene una gruesa, aunque diminuta llave, la gira entre los dedos, examinándola hasta que la reconoce. Sonríe como lo solía hacer antes, cuando la felicidad y las arrugas se mezclaban en su rostro pálido. Corre hacia la cocina y trastea con todo hasta que encuentra una caja de cerillas que vacía en la encimera y algo de papel de regalo, con lo que envuelve la llave. Minutos después sale de la casa silbando, otra cosa que no hacía desde hace años.

Camina a paso ligero y lo sigo, la curiosidad siempre me ha podido, él, como de costumbre, ignora mi presencia.

En poco tiempo estamos frente a una oficina bancaria, pequeña y con algunas cajas fuertes que se pueden alquilar por un módico precio mensual. Suspira y entra, está seguro de que va a poner fin a todo y eso me aterra más de lo que pensaba, puede que él esté preparado, pero yo aún no. Se acerca a la secretaria y le pide con apremiante fervor una caja fuerte, la cual, decide, no abrir nunca. La joven mujer un poco abrumada por sus prisas asiente y coge el paquete.

Al ver ese gesto sé que ya estoy perdido, aunque aun así no puedo resistirme en ir hasta él para susurrarle que no me abandone, que seguro que podemos ser felices. Pero sigue sin escucharme, haciendo caso omiso a mis súplicas.

Finalmente desisto al verle salir, no se ha despedido si quiera.

Siento un tirón de estómago cuando la puerta de la caja fuerte se cierra, y en medio de la oscuridad evoco su silueta alejándose y volviéndose borrosa a través del cristal de la entrada. Sé que esa última imagen del hombre del paraguas negro no se me olvidará nunca. Por primera vez desde que me fui, por primera vez en años, percibo que se siente aliviado, feliz.

Marta López Castaño

VIDAS BAJO EL PARAGUAS

Al atardecer, veía al hombre del paraguas negro traspasar la puerta blindada del banco que hay en los bajos del edificio de la esquina. Aprovechaba cuando nadie lo veía, cuando todos se habían recogido a sus hogares después de los aplausos.

Yo me quedaba un rato más regando las macetas. El agua no se le niega ni a las plantas. Desde el balcón, esperaba la llegada del hombre, al que veía acercarse con su eterno paraguas y un paquete mediano. Cada día, uno distinto. No soportaba la curiosidad.

A esa hora la entidad está cerrada al público. Al principio, pensé que se dirigía al cajero automático de dentro, hasta que me di cuenta de que salía con las manos vacías.

Avisé a la policía. Estaba convencido de que, aprovechando el estado de alarma, aquel hombre estaba tramando algo. Cuando se presentó la patrulla, bajé para confirmar mis sospechas.

El hombre, parapetado en el anonimato de su paraguas, se había esfumado. Un padre, con la boca abierta, soltaba los alimentos que estaba repartiendo entre su mujer y sus hijos.

Soledad García Garrido

EL PAQUETE MISTERIOSO

Julio, ocho de la mañana de un día soleado, vuelvo de pasear con mi paraguas negro, te veo en tu ventana, me miras, me sonríes, bajo la mirada.

Octubre, te veo en tu ventana, me miras, me sonríes, bajo la mirada.

Diciembre, tu ventana vacía, bajo la mirada.

Enero, tu ventana abierta, tu cuerpo yace ante mí, bajo la mirada.

Febrero, el paquete en la mesa del salón.

Marzo, el paquete en la mesa del salón.

Finales de marzo, cojo mi paraguas negro, salgo de casa, entro en el banco, porto el paquete, saco tu urna, me aproximo al mostrador, te dejo, siempre te amaré.

PAU MOON

EL CRÉDITO

Me había adaptado bastante bien al obligado confinamiento que el virus traidor había provocado en casi todo el mundo. De vez en cuando salía a la terraza de mi piso para respirar el aire del exterior y a serenar mi ánimo cuando la tensión comenzaba a resultarme molesta. En el edificio de enfrente, en un bajo, había una sucursal del BBVA. Era la única del barrio que en esos días aciagos permitía el uso de sus cajeros, aunque su oficina permaneciera cerrada desde el inicio de la situación.

Aquel día, ante mi sorpresa, vi salir a un hombre ya mayor, de aspecto menudo, con un paraguas negro en la mano derecha. Yo conocía bien a los empleados y a la directora de la entidad y aquel hombrecillo me resultaba desconocido. Llevaba bajo su brazo izquierdo un paquete de tamaño mediano. Tras salir, dejó el paraguas a un lado y abrió el paquete. Yo vivía en la primera planta y ello me permitió dirigirme a él sin necesidad de gritar.

—¿Quién es usted? —le dije.

— Alguien que desea haceros un favor— contestó.

— ¿Qué va a hacer con esa caja?

— Ofreceros el crédito que os ayude a vivir mejor.

Tras decir esto, de la caja que contenía el paquete aparecieron varias palabras que flotaron por la calle y que se iban agigantando antes de elevarse y desaparecer en el cielo nublado por encima de los edificios.

Cuando volví a mirar para seguir interrogando al extraño y solitario paseante este había desaparecido.

Antes de que se perdieran entre las nubes tuve tiempo de leer aquellos términos espectrales que se acabaron integrando en la tormenta amenazadora que se avecinaba: “humildad”, “bondad”, “honradez”, “tenacidad”, “prudencia”, justicia”, “solidaridad”, “tolerancia”, “respeto” ... eran algunas de las palabras lanzadas al aire por el curioso y anónimo personaje.

Finalmente, las nubes descargaron una lluvia copiosa que limpió las calles desiertas.

Nunca supe de quién se trataba ni volví a verlo; pero, finalizada la situación de alarma, pude comprobar que el crédito que nos había extendido comenzaba a dar buenos resultados en los ambientes en los que siempre he convivido.

Vicente Rodríguez Lázaro

Parece que el día se oscurece con la tormenta, menos mal que aquí en el banco se está muy bien, los lunes suelen ser muy tranquilos.

Mientras atiendo a una señora le veo entrar, siempre impoluto, con su traje de chaqueta negro perfectamente planchado y con su camisa tan blanca como si se hubiera puesto una nube del cielo. Hoy llega con su paraguas negro que mueve muy al estilo de Charles Chaplin. Mientras que no le saque un ojo a alguien todo irá bien. Sus andares son pausados y en un mundo donde la prisa es nuestro día a día, este hombre se ha empeñado en una lentitud estudiada.

Suele venir al banco los primeros de mes, siempre con su mismo traje, su paraguas negro y un misterioso paquete, con una envoltura de fantasía que no cuadra con su aspecto. Provoca cierta curiosidad, pero yo sé lo que contiene.

Una mañana me decidí a seguirle. Hacía un día maravilloso y pensé en librarme de las prisas cotidianas para disfrutar del paisaje, sin perder de vista mi objetivo. Cuál no sería mi sorpresa cuando mi misterioso hombre entró en el cementerio. Después de pasar dos calles, llegamos a una explanada con un verde maravilloso, donde se situaban las tumbas. Se acercó y dijo frente a una lápida: «Hoy te lo he envuelto en este papel que te hacía siempre mucha gracia; he pensado en tu color favorito». Y así abrió el paquete y de él comenzaron a salir pétalos blancos que adornaron su morada.

María S. Durán Bravo

Dio un gran salto. A su espalda, alguien le gritaba algo.

Atravesó la calle sin abrir el paraguas, mientras del paquete empapado caían gotas rojas. Solo cuando llegó a su casa comprobó que todo había sido inútil.

Ángel R.G.

No me hubiera importado ponerle la zancadilla a ese hombre. Seboso. Seguro que era un perverso. Agarraría el paquete y el paraguas y saldría tranquilamente de allí. Seguro que me darían una medalla. ¡Qué asco de vida!

Ángel R.G.

EL PAQUETE MISTERIOSO

El hombre del paraguas negro sólo pensaba en llegar cuanto antes al banco y dejarle a su hijo el paquete que le había encargado recoger en la oficina de correos. No había entendido nada de sus explicaciones, siempre igual, haciéndole ver que, como jubilado, tenía todo el tiempo del mundo para los mil encargos que a él se le antojaran.

Pero hoy no iba a perder más tiempo. Si al llegar estuviera atendiendo a algún cliente, no pensaba esperar para plantarle el paquete encima de su mesa.

Como de costumbre, entró saludando con la cabeza a los habituales, y cuando llegó al destino, un guiño cómplice le invitó entre sonrisas a quedarse el paquete como obsequio...

¡Pero si era hoy su cumpleaños! Y lo había olvidado, así como las quejas que había estado rumiando en el camino al banco.

Pilar L. Puig

EL PAQUETE OLVIDADO

El hombre salió del banco y se paró bajo la marquesina de la puerta, con el paraguas negro en una mano y el paquete en la otra. Miraba a todos lados con ojos ausentes, deshabitado y perdido en un mundo que le había llegado sin anunciarse, lleno de lluvia y ruido. Sin darse cuenta se quedó mirando el paquete, como buscando en sus recuerdos.

Desde el interior del banco, su hija le observaba con el regalo que ella le acababa de dar por su cumpleaños, comprendiendo, afligida, que su padre había perdido de nuevo la memoria.

Pilar L. Puig

El hombre del paraguas negro subía los inmensos escalones de piedra empapados de lluvia, con su paquete bajo el brazo y paso tembloroso. Dejó un charco sobre el suelo de mármol mientras oteaba la gigantesca oficina con sus nonagenarios y vidriosos ojos entrecerrados, en busca de ayuda. Una mujer rubia y sonriente le invitó a pasar a su oficina. «¿En qué puedo ayudarle?» preguntó, mientras ofrecía su brazo como apoyo al anciano, que se sentó torpemente en una silla.

«Vine ayer a abrir la caja de seguridad en la que mi recién fallecida esposa, que Dios la tenga en su gloria, guardaba sus joyas buenas. Vacieron el contenido aquí...» Colocó el paquete de cartón sobre la mesa, se santiguó y, tras recibir las condolencias de rigor por parte de la amable empleada, dijo que deseaba devolverlo. «No es mío» insistía. La mujer le aseguró que eso no podía ser, pues solo su llave podía haber abierto su caja de seguridad y ninguna otra. «¿Pero no ha mirado usted dentro?» inquirió. El anciano negó, retorciendo su paraguas mojado con nerviosismo y sin apartar la mirada, temerosa, del misterioso paquete. «Como usted comprenderá, ¡No voy a abrir una caja que no es mía!».

La empleada recelaba. ¿Cómo podía el hombre del paraguas negro estar tan convencido de que las joyas de su esposa no estaban en ese paquete si no lo había abierto? Ante su cortés, pero tenaz perseverancia, el nonagenario terminó por acercarse a ella y confesarle en un susurro: «Sea lo que sea que haya en esa caja, no es mío...» y antes de que terminara la frase, como un golpe providencial, el paquete se meneó, haciendo que la mujer rubia pegase un bote sobre su vieja silla de escritorio «... porque se mueve». Tras un breve silencio, la empleada hizo ademán de acercarse a inspeccionar el paquete, pero volvió a sacudirse, más fuerte esta vez.

Intercambiaron miradas. Aunque ninguno se atrevía a abrir el paquete, ambos se sentían obligados a averiguar lo que contenía. Tragando saliva y reuniendo valor, la mujer colocó el brazo sobre la tapa de la caja. «¿Me permite...?» el hombre del paraguas negro asintió enérgicamente. «Toda suya». Levantó con una uña la fina cinta adhesiva y, apenas la retiró, el paquete se abrió de par en par. Ella chilló y se cubrió instintivamente el rostro con los brazos. Vio una sombra que se precipitaba sobre el anciano y, aunque aterrada, se giró con intención de ayudarle justo cuando le escuchó gritar: «¡Gertrud!».

La empleada se quedó contemplando, perpleja, cómo el hombre acariciaba un gato atigrado y escuálido que ronroneaba en su regazo. «Pues va a resultar que sí que era mi caja» sonrió, a modo de disculpa, «Gertrud siempre fue la joyita preferida de mi esposa».

La mujer se dejó caer de nuevo sobre su silla de oficina, con una mano en el pecho, preguntándose si se trataba de una broma de mal gusto, si debería llamar a su jefe o si más bien debería releer la normativa del banco sobre el contenido de las cajas de seguridad. «¿No me podría ayudar a meterla de nuevo en la caja? Es que está lloviendo a cántaros y, como usted comprenderá...».

Princesa de Biblioteca

LOS ÚLTIMOS VERSOS QUE TE ESCRIBO

Era un tipo peculiar. Estuviera el cielo encapotado o no, siempre portaba un paraguas negro en su mano izquierda y un ramo de crisantemos blancos en su mano derecha. Todos los días llegaba a la apertura de la sucursal con puntualidad británica, firmaba el registro que le proporcionaba, recogía el paquete de su caja de seguridad, se marchaba y a las 12:00 siempre volvía para devolverlo de nuevo a la acorazada.

El pasado viernes, el tipo peculiar no llegó y mi teléfono sonó. ¿Herederera de la caja? ¿yo? En la notaria me proporcionaron una llave y un papel con caligrafía antigua en el que se podía leer “Fibonacci”. Investigué; Fibonacci era una sucesión de números. Supuse que sería la combinación de la caja de seguridad. Entonces recordé. En alguna breve charla, el señor Smith me contó que se licenció en matemáticas en Oxford, pero acabó viviendo en el Paseo de Cánovas por amor.

Como clienta, hoy era yo la que llegaba con puntualidad británica a la sucursal. Tras firmar el registro, por fin me encontraba allí delante. Introduje 0,1,1,2,3,5 y giré la llave. Allí estaban 11×29×46 centímetros cúbicos de papel Kraft en el que se podía leer “frágil”. Cuidadosamente, la abrí. Decepcionada, me quedé. ¿Cartas viejas? Entonces lo entendí.

Ahora soy yo la que cada día recoge el paquete de la caja de seguridad del banco, porta los crisantemos y lee las cartas de amor en la tumba de mi madre.

Gemma Montero Ortega